

Querida hija...
Querido hijo...

Braulio Pérez Marcio



Empieza bien



Carta
1

Querida hija... Querido hijo...

Se cuenta de un emperador persa que en sus paseos por la capital de su reino, Isfahán, y sus alrededores, acostumbraba ir acompañado de su tesorero con el fin de premiar las acciones virtuosas que presenciara.

—¿Qué estás haciendo, buen hombre? —le dijo a un anciano que estaba plantando árboles.

—¡Siembro nogales, señor rey!

—¿Y para qué siembras nogales cuyo fruto no alcanzarás a comer?

—Para pagar mi deuda con los que sembraron aquellos árboles cuyo fruto disfruté en mi juventud.

El rey lo declaró merecedor de un premio.

La vida está delante de ti. Estás apenas pisando su umbral. Frente a ti tienes un mundo de posibilidades. Hay en tu ser energías sin límites y tus pies reclaman impacientes el camino. ¡Bendita sea esta aventura que vas a comenzar!

Pero antes de que la emprendas, detente unos instantes, únicamente los indispensables para considerar estas líneas. Luego ponte en marcha y que Dios sea contigo.



Entra a la vida reconociendo la deuda que tienes con ella.

Durante toda la historia, millones y millones de personas han luchado y sufrido para crear las ventajas de las cuales tú te estás beneficiando.

- Cuando recuerdes a los grandes **benefactores de la humanidad**, cuando medites en los nombres de los astrónomos, de los físicos, de los químicos, de los médicos, que con altruismo y desinterés dedicaron toda su vida a luchar contra los misterios de la ciencia para desentrañarlos, o contra los padecimientos que atormentan a los seres humanos, recuerda que estás en deuda con ellos.
- Cuando recorras las páginas de las **grandes obras literarias** de la humanidad adquiriendo experiencia de quienes las escribieron, y el secreto de la belleza llame a tu corazón para **ennoblecerlo**, recuerda la deuda que tienes con sus autores. Trabajaron para ti.
- Cuando goces de cada una de las **comodidades materiales**, que por ser tan comunes suelen pasarse por alto, recuerda a los incontables héroes anónimos que trabajaron para que tú gozaras de ellas.

Hijo mío, estás en deuda con la humanidad y debes pagársela.

Como el súbdito persa a quien premió su emperador, planta árboles de bondad e integridad, pensando que si tú no puedes gozar de su fruto, ya gustarán de él otros; así como hoy tú te beneficias del esfuerzo de quienes a través de los años trabajaron para ti.



Lo que debe preocuparte ahora es la actitud que asumirás frente a los hechos que ocurran en tu vida.

¿De qué manera te situarás frente a las oportunidades, buenas o malas, que surjan ante ti?

¿Permitirás que circunstancias fortuitas cambien totalmente el rumbo de tu existencia?

Recuerda siempre que las cosas, por sí mismas, tienen muy poca importancia, pues lo que realmente vale es la actitud que adoptamos frente a ellas.

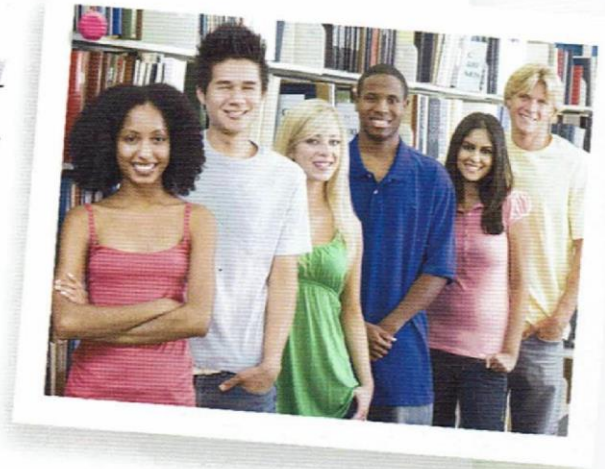
Alguien dijo: "El arte de la vida consiste en hacer de la vida una obra de arte".

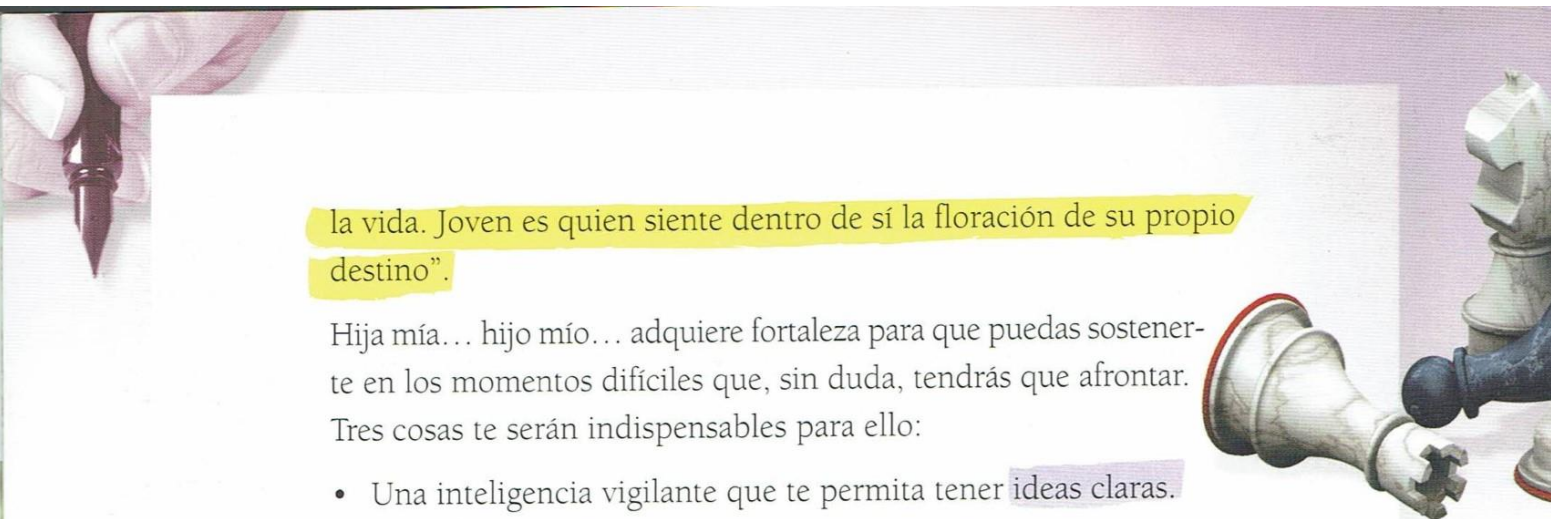
Recuérdalo siempre. Te hará falta en el camino de la existencia porque más de una vez te asaltarán las tentaciones y las dudas. Pero no cedas a ellas, prosigue adelante con firmeza y determinación.

No olvides que el éxito no es el resultado de la casualidad, sino del esfuerzo perseverante e incansable.

El hombre o la mujer verdaderamente grandes se distinguen por su esfuerzo y su laboriosidad, por la necesidad que sienten de dar sentido a su existencia, por su integridad y la influencia positiva que ejercen a su alrededor.

Qué razón tenía José Ingenieros cuando dijo: "La juventud se mide por el inquieto afán de renovarse, por el deseo de emprender obras dignas, por la incesante floración de ensueños capaces de embellecer

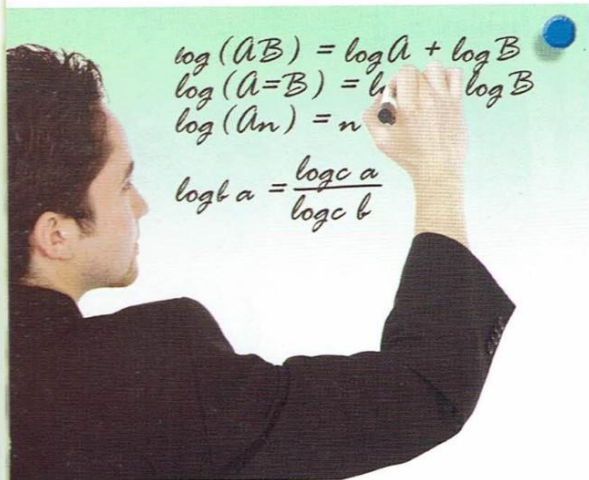




la vida. Joven es quien siente dentro de sí la floración de su propio destino”.

Hija mía... hijo mío... adquiere fortaleza para que puedas sostener-te en los momentos difíciles que, sin duda, tendrás que afrontar. Tres cosas te serán indispensables para ello:

- Una inteligencia vigilante que te permita tener ideas claras.
- Una imaginación generosa y mucho corazón, para que puedas cumplir tus sueños.
- Buscar la ayuda de Dios para superar los desafíos que la vida te depara.



No se te ocurra pensar que para alcanzar una posición relevante en la vida es necesario haber nacido en un hogar adinerado o rodeado de privilegios. Más bien, tu éxito depende de ti mismo.

Recuerda, por ejemplo, que:

- Rousseau fue hijo de un modesto relojero,
- Esopo y Terencio, los célebres fabulistas, fueron esclavos,
- Cromwell fue hijo de un cervecero,
- el rey David, Epicuro y Tamerlán fueron pastores de ovejas,
- Franklin trabajó de cajista en una imprenta,
- Demóstenes fue hijo de un herrero,
- Gedeón no era más que un labrador,
- Homero fue un mendigo,
- Lucano fue hijo de un alfarero,

- Colón fue hijo de un obrero,
- Milton fue un simple escribiente,
- Cervantes fue un soldado raso.

Podría alargar mucho esta lista, pero bastan los nombres que he citado.

Un origen humilde, más que una desventaja, debe ser un motivo para luchar con mayor empeño.

Tu éxito en la vida dependerá de que reconozcas ciertos principios que no es posible violar sin sufrir las consecuencias.

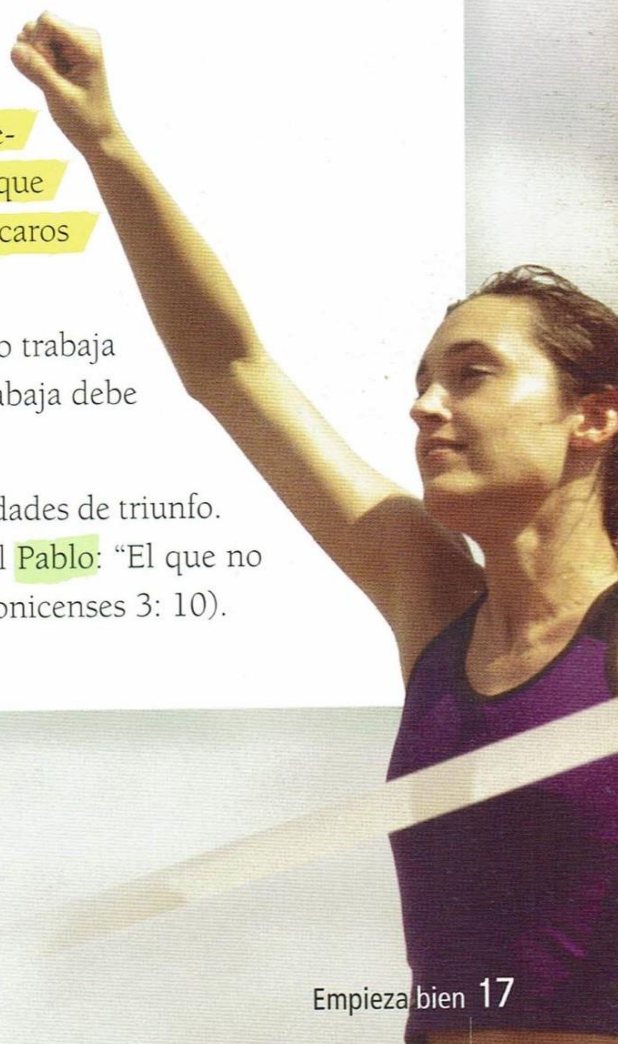
En primer lugar, no te sientes a esperar que llegue el momento favorable de hacer algo digno. ¡Crea ese momento! Crea tú las condiciones y circunstancias que te permitan producir el bien que sueñas.

¡Cuántos jóvenes tienen grandes sueños y proyectos! Pero todo eso se queda simplemente en buenas intenciones, que no pasan de ahí, porque esperan que la casualidad les depare la oportunidad de llevarlos a la práctica.

Y la casualidad es algo de lo cual no debe dependerse. Es menester crear las circunstancias que hagan posible la realización de nuestros más caros ideales.

Esto supone esfuerzo y trabajo. Pero quien no trabaja se roba a sí mismo. Solón dijo: “El que no trabaja debe ser juzgado por los tribunales”.

No rehúyas el esfuerzo. Sin él no hay posibilidades de triunfo. Recuerda la norma establecida por el apóstol Pablo: “El que no quiera trabajar, que tampoco coma” (2 Tesalonicenses 3: 10).



Ten asimismo presente este consejo: “Si nos examináramos bien a nosotros mismos, el Señor no tendría que castigarnos” (1 Corintios 11: 31).

¿Lo ves?

No se trata de examinar a los demás, sino de juzgarnos a nosotros con igual o mayor severidad que a los demás.

Ya te conté de Federico. ¿Lo recuerdas?

Entró en un almacén del pueblo, en una época en que no había celulares, y se dirigió al teléfono público, marcó un número, y comenzó a hablar. El encargado, sin quererlo, escuchó sus palabras:



—¿Hablo con el señor Martínez? Lo llamaba para preguntarle si tiene empleo en su oficina para un muchacho... ¿Cómo?... ¿Ya tiene un empleado?... Pero, ¿no necesita otro?... Pero, ¿está completamente satisfecho con sus servicios?... Muy bien. Gracias.

Federico colgó y se retiró.


El bondadoso encargado no pudo resistir el impulso de decirle:

—No te desesperes, hijo, tendrás mejor suerte la próxima ocasión.

—No se preocupe, no me aflijo, señor. Al contrario

—respondió Federico—. Verá usted: Yo soy empleado en la oficina del señor Martínez. Me estaba examinando a mí mismo.

¿Te das cuenta? Preocúpate de ti mismo y haz una evaluación permanente de tus acciones.



En mis viajes, antes de que un avión despegue, he visto a mecánicos y pilotos revisar con toda minuciosidad el aparato del cual depende la vida de muchas personas, para estar completamente seguros de que todo está en orden.

Así tú, analiza cuidadosamente tus motivos, tus fuerzas, tus ideales, tus posibilidades, tu espíritu de lucha, porque te hallas frente a la vida, y esta se te mostrará buena o mala dependiendo de tu actitud y de tu preparación.

No confíes en el día de mañana. Lo que debes hacer, hazlo hoy, apoyado en la sabiduría divina. Mañana traerá sus problemas, sus afa-nes y sus preocupaciones. Cumple diariamente tus deberes.

Lucha cada día como si fuera el último que fueras a vivir, como si fuera tu última oportunidad de llegar a la meta que te propones.

Si actúas así desde tu juventud, desde ahora, estarás echando los cimientos de tu felicidad en esta tierra y en la venidera. Dijo La Bruyère: “La mayoría de la gente emplea la primera parte de su vida en hacer miserable el resto de ella”. Evita ese peligro.

Aléjate de todo aquello que pueda dejar en ti un motivo de remordimiento.

P.S. Es posible que en las siguientes cartas insista en algunas cosas que ya te he mencionado. Mientras tanto recuerda que te hallas frente a la vida. No temas afrontarla con firmeza y determinación. Deja que soplen los vientos, quemén los soles y vengan las tormentas. Todo eso te enseñará a ser fuerte, purificará tu cuerpo y tu espíritu y, no te quepa duda, te habilitará para triunfar.

